

PRESENTACIÓN

Si Cándida María de Jesús hubiera sabido que sus cartas un día iban a ser publicadas, ¿las habría escrito? A esta pregunta, que puede sonar a retórica, pero que no lo es, el lector que se adentre en estas páginas se responderá rápidamente que sí. Y que las hubiera escrito como están.

Precisamente porque sus cartas no fueron escritas para la publicación, ni siquiera la gran mayoría de ellas para la difusión interna dentro de la Congregación; porque no han sido concebidas como ejercicio o exhibición literaria, sino porque son una conversación personal de cualquier día y de cualquier hora; porque rezuman sentido de la comunicación familiar, espontánea; porque retratan o reciben sentimientos humanos y realidades inmediatas y porque dan paso a Dios entre asuntos de todos los días que todos reconocemos y tocamos porque no son extraños ni prodigiosos, pueden hoy estas cartas salir de los archivos de las Hijas de Jesús y ser brindadas a quien quiera experimentar cómo Dios se revela a los sencillos y en lo sencillo.

Todos los grandes valores que Cándida María hereda y vivió en el caserío de Berrospe, la reciedumbre religiosa, el agradecimiento, el sentido de lo concreto y del detalle, la generosidad, la preocupación por el otro, la sobriedad, la hondura del afecto, la piedad... todos, hasta un cierto tinte de humor y la misma predilección por la expresión directa, sin adjetivos... rezuman de estas páginas de artesanía popular, toscas de forma pero humanísimas, talladas a mano con una pluma dura y en un idioma que no es el suyo nativo, dominado con tesón y con humildad.

La resultante final más sorprendente es que leyendo estas cartas, que tienen el gran arte de lo epistolar —el autorretratar de cuerpo (y de alma) entero a su autora—, Dios se nos convierte, como para ella, en el dorado pan casero, crujiente, de todos los días, de todas las mesas y de todas las casas. Pan bueno para todos los hambrientos de Él, hastiados de buscarle entre abstracciones teóricas, disquisiciones eruditas, lejanías conceptuales o verbales, o en el afán por lo exótico y lo milagrero tal vez. Aquí el milagro está en ese cómo andar con Dios, sin milagro, por entre las cosas nuestras de cada día.

Leídas desde esta óptica, las cartas coleccionadas resultan un testimonio tonificante de primera mano, que nos ayuda a purificar y simplificar nuestras imágenes de Dios. Sentir la grandeza de Dios en insignificantes detalles domésticos que adquieren como una nueva dimensión, o su presencia en los apuros económicos y en la alegría con que se comparten, verse remitido permanentemente a Él desde la enfermedad propia o ajena, desde la incompreensión y los estorbos de muchos o desde el gozo no contenido de ver fundada una nueva comunidad o una nueva escuela y comprobar los progresos de las alumnas, percibir a Dios en la onda de amistades que desfilan por sus páginas, oír resonar como un estribillo de convencida el martilleo de “Sólo Dios basta”, es un ejercicio contagioso, estimulador.

Alguien ha contemplado a Cándida María de Jesús sobre el fondo sin par de Teresa de Jesús y encontrado sus semejanzas. Las tiene de hecho como viajera, fundadora, confiada en la Providencia, abierta a sus confesores... También en buena parte de su caudal epistolar rezuman la frescura y el pormenor familiar, el recuerdo y la vivencia solamente expresada, no analizada, como en Teresa de Jesús. A duras penas, con la fuerza que da el empleo macizo de las palabras imprescindibles y su torturada sintaxis, que recuerda a su paisano Iñigo de Loyola, la M. Cándida escribe para dar “noticias”.

La noticia, el acontecimiento mismo, como en el Evangelio, es su gran mensaje. Sus cartas no teorizan, simplemente cuentan; no sermonean, sino que presentan vida y se interesan por la vida; y al hacerlo, rezan. Los asuntos, aun los más insignificantes, son asuntos y situaciones “rezados”. “Pero no podré salir por estar muy constipada y con bastantes dolores. El día que te escribí, al mandar la carta al correo tuve que acostarme por estar mal, y no acabo de ponerme bien. Sea Dios bendito por todo y me perdone todos mis pecados y envíe sobre mí el Espíritu Santo consolador, ilumine mi mente e inflame mi corazón en su divino amor y, llenas de su gracias, trabajemos por la gloria de Dios y, no ofendiéndole más, vivamos santamente...”

Se podría decir que, sin formularse expresamente, como discípula al fin de la escuela espiritual ignaciana, ha encontrado una manera connatural, alegre, humana, doméstica, de hallar a Dios en todas las cosas y a todas en Él. aquí radica, a mi juicio, el encanto sutil de estas cartas y su mensaje profundo, que puede pasar inadvertido a quien busque en ellas altos conceptos o experiencias extraordinarias.

A través de este encanto, “la bondad de Dios y su simpatía por el hombre” (Tit 3,5) resultan reveladas en la cercana y personalizada maternidad de Cándida María de Jesús (“esta su pobre madre”) que las cartas, dentro de una sobriedad contenida, rezuman por todas partes.

No son cartas “de oficio”, sino de madre. La madre del gran caserío que parte el pan concreto, hace cuentas, cuida de la salud de sus hijas, hace suyas las contrariedades ajenas y confía veladamente las propias, comparte las grandes y las menudas alegrías, motiva en directo desde sus fundamentales convicciones (“ser verdaderas Hijas de Jesús”), anima, consuela, aguanta... (“Cuando tengo algún disgusto, estoy peor. Ya procuro no alterarme”). Todo de una manera espontánea, no cuidada, pero limpia y nítida.

La edición que presentamos resulta un excepcional documento histórico y humano, necesario no sólo para comprender los orígenes de la Congregación y su primer crecimiento, sino también para explorar los rasgos típicos de este modo de seguimiento de Cristo que es ser Hija de Jesús. Roque en el autorretrato que, sin pretenderlo, son estas cartas, hasta los rasgos humanos de la M. Cándida María de Jesús se convierten en dimensiones carismáticas cuya contemplación ayudará a descubrir lo que caracteriza la identidad de la Hija de Jesús y enseñará a vivirlo.

Si, como esperamos, la Iglesia reconoce un día la obra de Dios en Cándida María de Jesús con los honores de la santidad, estas cartas brillarán como reliquias. En todo caso, la presente colección tiene ya sabor de relicario.

Que la M. Cándida María de Jesús bendiga “con el crucifijo grande” la labor de cuantas y cuantos han hecho posible este libro. Estoy seguro de que las autoras han sido las primeras beneficiadas por este generoso esfuerzo en el que han puesto, además de cariño de hijas y fe de contemplativas, buen hacer de historiadores.

Ignacio Iglesias, sj

Madrid, 22 de febrero de 1983.